

LA NOVELA SEMANAL



LA SUERTE

POR

PEDRO SONDEREGUER

PRECIO: 10 Centavos

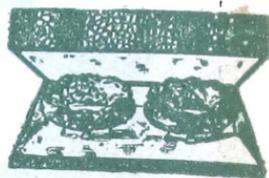
Más de 200.000 personas la leen

Pedro Bignoli

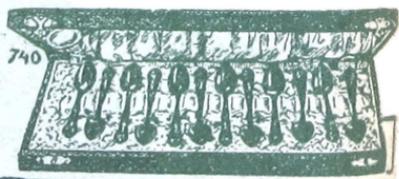
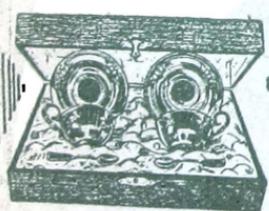
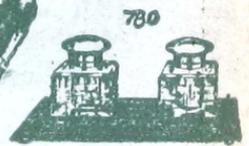
Bazar y Menaje C. Pellegrini esq Sarmiento
B. Aires



N.º 3483 — Estuche con precioso juego para servir cerveza, de cuádruple plata y cristal "DENIS", compuesto de 8 piezas. Oferta interesante, al precio excepcional de \$ 90.—
N.º 3657. — Estuche con dos bonitas y modernas fruteras de cuádruple plata calada, obsequio de interesante valor, que ofrecemos al precio de \$ 60.—



- 259 — ESTUCHE con finísimo juego para tocador, de ciplata, compuesto de seis piezas \$ 50.—
- 240 — ESTUCHE con bonita polvera de cristal americano y tapa de metal plateado \$ 5.50
- 169 — MONEDERO de metal plateado, con espejo y polvera; tiene 11 ctms. de alto por 8 ctms. de ancho. Artículo de última novedad, al precio especial de \$ 2.50
- 350 — ESTUCHE con finísima cartera de seda, especial para obsequio de buen tono \$ 12.50
- 780 — Hermoso TINTERO de ónix, metal y bronce \$ 19.—
- El mismo, en bonito estuche \$ 23.80
- 515 — Precioso CENICERO de bronce y base de ónix, 25 x 20, elegante adorno para escritorio o fumoir \$ 55.—
- 868 — Bonito ESTUCHE con tazas, platitos y cucharitas de ciplata, para dos personas, a \$ 25.50
- 740 — ESTUCHE con 12 cucharitas de ciplata, con artísticos relieves, a \$ 12.—
- 276 — Elegante ABANICO de seda, pintado a mano, última novedad, con varillaje de sándalo grabado a oro, varios modelos \$ 35.—



NO OLVIDE VD. NUNCA QUE :

La casa Bignoli con la selección de gustos modernos en todos sus artículos de bazar y menaje y sus precios moderados hace que se destaque entre todas las casas del mismo ramo.

"LA NOVELA SEMANAL"

Administración: FLORIDA 248—Buenos Aires—U. T. 946, Avenida

Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:
LUIS B. GALVAN, Sarmiento 730.

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, núm. 632.

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.

Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Y en todas las principales localidades de la República.

Las personas que tengan interés por la venta de "LA NOVELA SEMANAL" en las localidades del interior y exterior de la República, donde no tengamos representantes, pueden solicitar la agencia de nuestro semanario, siempre que acrediten tener la responsabilidad necesaria para el caso, a la Agencia General, Rivadavia 1573, Buenos Aires.—LA ADMINISTRACION.

IMPORTANTE PARA EL LECTOR

Hacemos notar a los señores subscriptores, cuyo abono haya vencido en esta fecha se sirvan renovarlo, para evitar la interrupción del envío de la novela.

SUSCRIPCION UNICA ANUAL \$ 5. — m/n.
NUMEROS ATRASADOS cju " 0.10 "

Todas nuestras obras pueden adquirirse en la Administración, Florida 248, o en los kioskos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior.

PRÓXIMAMENTE — NÚMERO ESPECIAL EN DOS PARTES

"EL BASTONAZO", por Belisario Roldán

Sucesivamente obras de: Lugones, Muzzio Sáenz Peña, Mariano de Vedia, Mamá Justa, Horacio Oyhanarte, Rubén Darío, Giménez Pastor, Manuel Gálvez, Remón A., Elsa Norton, García Velloso.

**Si el niño está enfermizo, malhumorado y febril,
véale la lengua.**

Quando esté estreñido o bilioso, dele el Jarabe de Higos "California".

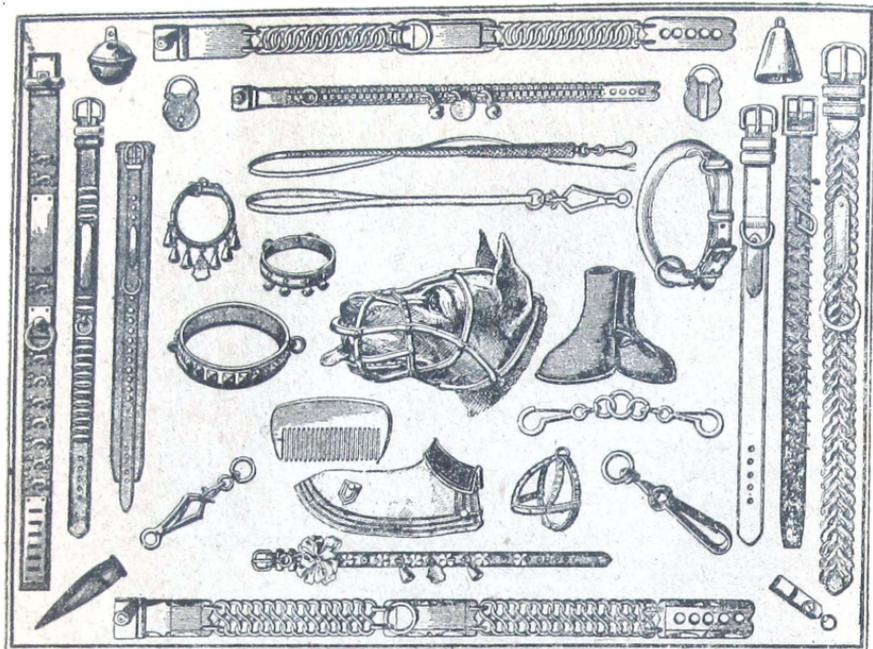
¡Madre, mírele la lengua! Si está sucia, es una señal evidente de que el pequeño necesita una limpieza suave, pero eficaz de su estómago, hígado e intestinos.

Si el niño está malhumorado, intranquilo, indiferente, pálido, no come, no duerme, ni se porta bien; o está febril, si tiene el estómago ácido, el aliento fétido, dolores de estómago, mal de garganta, diarrea, resfriados, dele una cucharadita del Jarabe de Higos "California", y en pocas horas desaparecerá de sus intestinos esa substancia estreñida, bilis ácidas y comida no digerida, sin causar retortijones,

y el niño estará sano y contento otra vez.

No hay que instar al niño enfermo para que tome este "laxante de fruta" inofensivo; ellos lo encuentran agradable al paladar y siempre los hace sentirse bien.

Pídale al boticario que le dé una botella del Jarabe de Higos "California", que contiene las direcciones impresas en cada botella, para los niños de todas las edades y para adultos. Cuidese bien no le den otros jarabes falsificados. Para estar seguro, compre la genuina, con el nombre de "California Fig Syrup Company". No acepte ningún sustituto.



Inmenso y variado surtido en Collares, Pretales y Bozales para perros.

De la anemia a la tisis... poca distancia

La anemia es de tan frecuente ocurrencia en los países donde se habla el castellano, que todos la conocen, aunque pocos, comparativamente hablando, se dan cuenta de su importancia y de las consecuencias que puede causar.

Casi no hay necesidad de mencionar síntomas. Esa palidez cadavérica; el deslustre de los ojos; los frecuentes dolores de cabeza; el cansancio y aburrimiento; la constante debilidad y las demás novedades que experimentan los anémicos, no son en sí tan peligrosas como lo son las consecuencias posibles de la anemia descurrida.

De la anemia a la tisis hay poca distancia. Los gérmenes de la tisis viven a su gusto y se multiplican en un organismo debilitado por la anemia. Y ¿qué es la anemia sino deficiencia en la cantidad o calidad de la sangre? Y ¿qué es la sangre? La sangre es el producto de lo que comemos, siempre que se digiera, y de lo que respiramos. Las drogas no elaboran sangre. Esa elaboración es función del estómago e intestinos. ¿Lo duda usted? ¿Cree usted que el hierro, por ejemplo, produce sangre? En tal caso, ¿dejaría usted de alimentarse para tomar hierro, sea en forma de píldoras, tintura, etc.?

Pero para que la carne y demás alimentos produzcan sangre rica y buena, es indispensable que se digiera y asimile bien.

Un anémico necesita comer en abundancia y está demostrado que las Pastillas del doctor Richards despiertan y sostienen el apetito.

Un anémico necesita digerir y asimilar bien lo que come para que se conviertan los alimentos en sangre buena y abundante. La misión principal de las Pastillas del doctor Richards es facilitar la digestión y perfeccionar la asimilación de los alimentos.

Un anémico necesita fuerzas, vitalidad, buen color, y todo esto es producto de la nutrición abundante que se consigue tomando las Pastillas del doctor Richards.

Recuérdese que de la anemia a la tisis hay poca distancia.

Recuérdese también que no se cura la anemia con drogas ni con hierro. Recuérdese que la única cura para la anemia se consigue usando un medicamento destinado a proporcionar ayuda al estómago para que este órgano pueda proporcionarla a su vez a la sangre.

PASTILLAS DEL Dr. RICHARDS - El gran tónico digestivo, puramente vegetal

EL LUNES PRÓXIMO PUBLICAREMOS
“EL CAPITÁN MORILLO”

Episodio intensamente dramático de la época de la tiranía de Rosas, por JULIO LLANOS, escritor de nombradía, autor de “Días de París” y “El Dr. Francia”, corresponsal del diario “La Nación” en París y Roma.

SUCESIVAMENTE

“UNA SEMANA DE HOLGORIO”

por ARTURO CANCELA

(autor de “El cocobacilo de Herrlin”)

Esta novela de actualidad, inspirada por los sucesos ocurridos durante la semana trágica de Buenos Aires y que han conmovido a toda la opinión sana del país, está llamada a constituir uno de los mayores éxitos de LA NOVELA SEMANAL, por compendiarse en ella la extraña serie de incidencias pasadas, y cuyos protagonistas describelos el autor con sus modalidades de acerbo crítico, profundo observador y fino cronista.

LA SUERTE

POR

PEDRO SONDEREGUER

La calma del mar era absoluta. Nunca como en aquel momento podía hacerse a su respecto la clásica comparación de la llanura. Era, en efecto, una inmensa llanura casi inmóvil, sobre la cual la luz del sol hacía resaltar todas las tonalidades del verde. De cuando en cuando la brisa leve, suave como la respiración de un niño dormido, ponía un breve rizo de espuma en algún punto distante.

Desde la cubierta del *Audacia* no se veía más que cielo y agua en todas direcciones. El barco, un gran transatlántico, bordaba en

En la última página insertamos la lista de las interesantes obras publicadas, que recomendamos adquieran todos los coleccionistas.

la superficie del mar una larga, inmensa estela, que los resplandores del día hacían casi luminosa. El extremo visible de la estela, ya casi deshecha, se confundía con la línea del horizonte dando la impresión de cosa inacabada.

Nunca atravesara el *Audacia* el océano llevando a su bordo más ilustres pasajeros. En el hermoso buque viajaba Juvenal Reyser, presidente electo de la República Argentina. Pocos días antes había salido de París, adonde fuera en representación de su país. Durante su permanencia en la capital francesa, sus amigos habían lanzado su candidatura a la presidencia, y, como contara con el apoyo del primer magistrado de la nación, su triunfo fué fácil, obteniéndolo, según el lugar común periodístico, por una abrumadora mayoría.

Viajaban, además, en el *Audacia* Conrado Brassá, el sabio geógrafo, cuya brillante memoria sobre su última exploración al polo sur, presentada a la Sociedad Geográfica de Londres, habíale dado una celebridad mundial; Rodrigo Clever, escritor glorioso; Diana de Luis, dama bellísima, a quien acompañaba un hijo suyo, gracioso e inteligente muchacho de siete años.

En la cubierta superior del transatlántico habíase formado un grupo, en el que figuraban las personas nombradas, menos Juvenal Reyser, que se hallaba enfermo. Reinaba entre los viajeros esa respetuosa confianza tan conocida de todos los que han realizado la travesía del océano. Se hablaba de todo, de cosas ligeras y de cosas graves; pero tratando siempre de poner en cada frase un poco de profundidad o de dar muestras en cada una de un poco de ingenio.

—El médico de a bordo ha declarado — dijo un joven de treinta años que hacía la corte a Diana de Luis — que el estado de nuestro futuro presidente le inspira serios temores.

—Sería una terrible desgracia la muerte de Juvenal Reyser — murmuró Conrado Brassá. — Sus pensamientos de gobierno son avanzadísimos. Es evidentemente el hombre que en estos instantes necesita la Argentina. Atrevido, enérgico, rico de ideas y de propósitos, conecedor de las exigencias de nuestra época, su actuación puede llegar a ser admirable.

—Su muerte sería lamentable; pero la humanidad no perdería nada con ella — expresó Rodrigo Clever. — Yo creo que la huma-

nidad no pierde nunca nada con la muerte de nadie, aunque sea un genio. Un hombre no muere sino cuando ha cumplido totalmente su destino. Puede en apariencia dejar su obra incompleta; pero, en realidad, desaparece cuando ya no tiene nada que añadir a ella. Aunque sea el defensor de una gran idea, nada importa su muerte. Ya vendrá otro que levante esa idea y continúe la obra bienhechora. Para las ideas, el tiempo no cuenta. Los hombres son simples vehículos del pensamiento. El pensamiento tiene una existencia propia: vive, se agita, crece y decrece, triunfa o fracasa, conmueve o deja indiferente, a despecho de la voluntad humana, y cuando llega su hora, muere como todo ser y toda cosa.

—Me parece que exagera — dijo el geógrafo. — El pensamiento es obra del hombre y sin éste nada vale. El hombre lo engendra, lo anima, lo alienta, y por su esfuerzo lo agiganta o con su olvido le da muerte.

—Eso es verdad, pero no es toda la verdad. Un pensamiento nace en el cerebro de un hombre, pero se independiza inmediatamente. Por lo demás, queda siempre la duda de si es el hombre quien crea el pensamiento o si el hombre es apenas la encarnación del pensamiento. Todo ser humano es, en el fondo, un pensamiento hecho carne. No hay vida de hombre que no tenga su razón de ser en una idea, en un propósito, en una aspiración. Cuanto más noble sea la idea, tanto más noble será la vida. El mundo quizá no sea más que la representación de un pensamiento.

—¿Divino?

—No sé. El adjetivo importa poco; la realidad es todo. La realidad es que el mundo es algo que nunca llegaremos a comprender bien, porque develar un misterio no es más que abrir el camino para otros misterios, y el pensamiento es algo siempre un poco inaccesible. Si lo divino es incomprensible, el mundo es la representación de un pensamiento divino. La vanidad de los sabios quiere expulsar del idioma este adjetivo, y no sé si no están descaminados. Los sabios se han pasado la existencia dando golpes de martillo contra la divinidad; pero llega un momento en que se ven obligados, a confesar su ignorancia, y entonces no les queda otro recurso que apelar a la casualidad, que es otra cosa incomprensible.

El geógrafo repuso:

—Todo llegará a explicarse. Los misterios de hoy son las vulgaridades de mañana. Estamos apenas en el principio de la obra redentora. Libraremos el pensamiento de las innumerables taras que hoy lo agobian y dejará de tener ese carácter casi religioso que usted le atribuye. La ciencia es una pitonisa. El oráculo está en manos de los investigadores de la verdad.

Después de estas frases, que, por cierto, no eran suyas, pues las había leído en un libro de juventud de un pensador modesto, Conrado Brassá adquirió un aire de satisfacción un tanto ridículo que hizo sonreír a más de uno de los interlocutores. Rodrigo Clever volvió a la carga:

—Entre las cosas inexplicables, hay una que comprobamos todos los días y la cual hasta ahora no ha podido ser investigada. He hecho alusión a la suerte. Es la suerte un fenómeno cotidiano, al cual no se ha encontrado jamás una explicación satisfactoria. Los jugadores, gentes supersticiosas, le atribuyen un poder extraordinario. Es que, precisamente, es en el juego donde su presencia se advierte con más frecuencia y con mayor claridad. En todos los momentos puede notarse la influencia de la suerte. El soldado que atraviesa una barrera de fuego de artillería y ametralladoras sin ser tocado por una bala, mientras todos sus compañeros caen heridos o muertos a su lado, atribuye a la suerte este hecho excepcional. Es tanta la influencia de la suerte y tan comprobable su existencia que todos los seres humanos, cultos o incultos, ilustrados o ignorantes, creyentes o incrédulos, en un instante dado, ante un inesperado suceso incomprensible, invocan a la suerte.

—La incomprensibilidad estriba en que a la realización de un acto no emanado directamente de nuestra voluntad, concurren innumerables y pequeñas circunstancias que escapan a nuestra percepción. El día en que podamos darnos cuenta de todas esas circunstancias el hecho atribuido a la suerte, por no sernos posible explicarlo de otro modo, será fácilmente expuesto con una claridad solar.

—No estoy de acuerdo. Casi todos los sucesos, cuyo origen atribuimos a la suerte, son explicables en sí mismos. Su incomprensibilidad no está en ellos, sino en nosotros. Todos sabemos cómo y por qué se produce un incendio. Lo que no sabemos es por qué se incendia la casa de Fuliano, que desde hace algún tiempo viene sufriendo pérdidas pecuniarias y de familia, y no la de Zutano,

quien hace diariamente un buen negocio, y a quien le sucede, casi de manera matemática, todos los años un hijo. Si yo no fuera un tanto incrédulo, afirmaríase que es la suerte el fenómeno que delata a Dios.

Se detuvo el escritor. Mostrando luego hacia el lejano horizonte, dijo:

—Vean ustedes.

Todos volvieron la mirada hacia la indicada dirección. A la distancia se veía un buque que marchaba al encuentro del *Audacia*. Todos los del grupo experimentaron una ligera emoción. Hay situaciones en que la presencia de otro ser humano nos emociona inevitablemente. El hombre que halla a otro hombre en un desierto se conmueve tanto como si encontrara a un hermano de quien hubiera estado separado mucho tiempo.

Rafael Arzuza, el joven que cortejaba a Diana de Luis, preguntó a ésta:

—¿Qué piensa usted de la suerte?

—Mucho y nada. A los seres jóvenes, llenos de anhelos y de ardor, una racha de suerte puede conducirnos a la realización de sus ideales, lo que equivale a darles la felicidad. En los seres cuya vida ha sido averiada por un acto irreflexivo de su propia voluntad la suerte ya no influye en absoluto. Son los abandonados de la suerte. Han agotado, por así decirlo, la provisión de suerte que les consagrara el destino. La existencia para ellos transcurre sin alteraciones y sin cambios, como si la fortuna los hubiera olvidado por completo. Por otra parte, sus almas, en una época, torturadas por el dolor, se van haciendo indiferentes, lo que constituye una especie de coraza que los protege de los golpes del destino.

—Señora, — intervino Rodrigo Clever — allá en mis mocedades escribí yo un cuento que no publiqué nunca, en el cual me ocupaba de un caso semejante al que usted ha descrito. Era, en verdad, un caso interesante.

La dama, curiosa, expresó:

—Supongo que no tendrá usted inconveniente en narrárnoslo.

—Ninguno, señora. Sólo que temo fatigar a ustedes con un relato demasiado extenso. Nada me disgusta tanto como monopolizar la conversación entre personas de ingenio, jueces a veces implacables de los errores que se cometen al hablar. Soy, en realidad, un poco tímido.

Casi todos los presentes sonrieron. Nadie creía en la timidez de un escritor que se había destacado desde sus principios por el atrevimiento de sus concepciones. Cometían ellos la común equivocación de juzgar a un hombre por sus escritos. La mayoría de las gentes no puede suponer que un hombre de vivir intachable conozca y describa con especial delectación las tristes bajezas del corazón humano. En el vulgar sentir, el que escribe sobre el incesto, por ejemplo, debe ser incestuoso; el que describe con exactitud la brutal violencia de los instintos, debe tener de ello una personal experiencia. De ahí la sonrisa de los que rodeaban a Rodrigo Clever. Únicamente Conrado Brassa conservó su gravedad habitual: él concebía aquella timidez. Los hombres que conocen el limitado de la inteligencia humana en general y conocen el verdadero alcance de la propia, desconfían siempre un poco de sí mismos. La timidez es la manifestación de esa desconfianza.

El barco que antes divisaran los viajeros se había acercado al *Audacia*. En ese momento se hallaba de éste a menos de cien metros. Todos los grupos se pusieron de pie y se apoyaron en la borda esperando el paso del otro transatlántico. Transcurrieron algunos minutos. Al cruzarse los buques, los pasajeros de uno y otro, en las respectivas cubiertas, quedaron frente a frente. Se dirigieron un saludo cordial. Los pañuelos se agitaban constantemente hasta que los barcos volvieron a separarse. Eran dos moles flotantes, dos ciudades en marcha, dos destinos diversos que se cruzaban en el camino, cada uno rumbo a un mundo...

Los pasajeros del *Audacia* se separaron de la baranda, disponiéndose a continuar la normal existencia monótona de a bordo. Conrado Brassa, antes de sentarse, se dirigió al médico del *Audacia*, que también había subido a cubierta para presenciar el paso del transatlántico, y le preguntó por el estado de Juvenal Reyser.

—A mi juicio, está muy grave — contestó el médico. — Mucho me temo que no llegue con vida a Buenos Aires.

—Gracias, doctor.

El célebre geógrafo se acercó al grupo de sus amigos y les informó de la gravedad del ilustre político.

—Ahí tiene usted un caso que nos obligará a volver a hablar de la suerte — dijo Rodrigo Clever. — El fallecimiento de este hombre vendría a cortar una carrera en pleno desarrollo. La muer.

te malograría el fruto de largos años de esfuerzos continuos y admirables. Usted, Conrado Brassa, diría que esto es una injusticia del destino. Yo diría, sencillamente, que es una manifestación de la suerte. Esta se cansa de favorecer y obra, en consecuencia, con una brusquedad que no deja de ser cruel.

Era la hora del crepúsculo. El sol, a punto de desaparecer, parecía cortado por la línea indeterminable del horizonte. Era como si el mar, monstruo magnífico, se hubiera tragado la mitad del astro.

Diana de Luis, a quien la salud de Juvenal Reyser interesaba poco, dijo dirigiéndose al escritor:

—Habíamos quedado en que usted narraría el cuento que escribiera allá en sus mocedades. ¿Hace mucho tiempo de eso?

Al pronunciar estas palabras una graciosa sonrisa hacía extraordinaria la belleza de la boca de aquella mujer, todavía encanecida. Sabía ella que en casi todo escritor hay algo del sentimiento femenino en lo relativo a la edad.

Rodrigo Clever manifestó amable:

—Comenzaré mi relato cuando a usted le plazca.

Se hizo el silencio a su alrededor. Cesaron los apartes. Todos se movieron en sus sillas, buscando una posición cómoda, preparándose para escuchar atentamente.

El escritor empezó con lentitud, recordando:

—Uno de los héroes de mi cuento era un joven de veinticinco años, que tenía un nombre un tanto extravagante. Se llamaba Noé Job. No sabía leer ni escribir y sentía una profunda aversión por el trabajo. Como su holgazanería era irremediable, vivía de la caridad pública. En su adolescencia había cultivado una estrecha amistad con un anciano erudito, hablador y excéntrico. En el curso de aquella amistad había adquirido el deplorable hábito de la meditación. Deplorable, sí, señora. La meditación es la agonía, dijo alguien que entendía de estas cosas.

Hizo una breve pausa.

—El erudito no quiso enseñar a leer a Noé Job. En su opinión el peor de los vicios era la lectura y la peor de las manías era escribir. "El saber nos prepara para el dolor", decía. Pero como amaba la conversación, comunicaba a Noé Job sus pensamientos, compeñéndole a realizar grandes esfuerzos mentales para comprender.

le. La repetición de estos esfuerzos creó en el muchacho una facultad excepcional para las más arduas especulaciones del espíritu. Se hizo un pequeño filósofo. A consecuencia de sus meditaciones tomó odio al trabajo. Llegó a creer que el trabajo es una maldición. "El trabajo es una servidumbre — pensaba; — trabajar implica siempre servir a alguien". Y como no quería ser siervo, resolvió no hacer nada. Decidió vivir a costa de todos y de nadie, esto es, vivir de la mendicidad. La limosna no crea compromisos ni obliga a la gratitud. Sobre la gratitud tenía opiniones un poco raras. La gratitud, a su juicio, era una forma de la esclavitud: la esclavitud del espíritu. El agradecido se halla siempre en situación de inferioridad ante el benefactor, y tal situación le resultaba humillante.

Tras una nueva pausa, Rodrigo Clever prosiguió:

—Apasionado de su independencia personal, Noé Job despreciaba hasta la lealtad, virtud encomiadísima por lo conveniente que es en las relaciones de los hombres. "La lealtad — decía — es una virtud canina, y yo no soy un perro". En los tiempos antiguos habría pasado por un filósofo estoico, aunque carecía de las bellas cualidades de aquellos eximios pensadores; en nuestra época, no podía ser más que mendigo. Los que alguna vez oyeron sus disertaciones (y él disertaba siempre que encontraba público paciente) le apellidaron El Mendigo Loco. El calificativo comprendía su profesión y su arte. Su profesión: mendigo. Su arte: la locura, que en él era un elemento decorativo. Después de todo, el arte no es una necesidad, sino un adorno.

Rafael Arzuza, *sportsman*, millonario y coleccionista de telas y mármoles caros, quiso interrumpir, pero se contuvo. El momento no era propicio a la discusión. Además, sabía por experiencia que Rodrigo Clever era un dialéctico formidable y temió una posible derrota.

El narrador continuó:

—Sobre la suerte tenía Noé Job las más extrañas ideas. Creía en su estrella, como Napoleón. Creía que el destino iría a buscarlo a su retiro para llevarlo de la mano en pos de las más altas y extraordinarias aventuras. Noé Job no pensaba como nadie, ni obraba como nadie. No sabiendo leer, sus pensamientos no fueron

nunca perturbados por ajenos pensamientos. Su inteligencia se mantenía pura, no contaminada por el veneno de las filosofías. Era la suya una espantosa soledad moral; pero era ella una ventaja, porque le libraba de prejuicios. Su mente, virgen de influencias extrañas, era rica en ideas originales y, en ocasiones, condenables. "La traición — decía — es una virtud del hombre fuerte. Se la reprueba, porque ella es contraria a las conveniencias de la sociedad. Traicionar suele ser servirse a sí mismo".

La penumbra de la hora ponía tintes indefinibles en el rostro de Diana de Luis, aumentando el encanto de sus líneas. Aquellas terribles opiniones sobre la lealtad y la traición, hacían recordar a la bella dama un pasado doloroso. Ella había traicionado a su marido, que estuvo a punto de matarla. Salvóla el hijo que la acompañaba en aquel viaje (*). Su esposo, Sancho de Luis, político en una época famoso, había enviado a Europa para librarse de su presencia y de la del hijo. Ese hijo era para él un remordimiento. Aquel niño le recordaba continuamente su ímpetu homicida y su debilidad de perdonar, que le entregó a la ignominia de su propio desprecio.

Rodrigo Clever siguió:

—Noé Job era casto, no porque desdénara a la mujer, sino porque pensaba que ninguna mujer vale los trabajos que cuesta. Solía él manifestar a quien quería oírle: "La mujer que la suerte me reserva, esto es, *mi mujer*, ha de venir a mí sin que yo la busque. Sentado al sol, que es mi único lujo, aguardo la limosna de los transeuntes y el amor de la hembra. La limosna viene siempre; el amor vendrá también". Así, enunciando reflexiones amorales y alimentando su corazón de inauditas esperanzas, pasaba la existencia de aquel joven de cinco lustros, que era, por cálculo, mendigo y loco por exceso de inteligencia y deficiencia de cultura.

Conrado Brassá miraba fijamente el mar, que iba adquiriendo, a medida que el sol se ponía, un hermoso color verde oscuro, que era casi negro. Las estrellas, que comenzaban a aparecer, al reflejarse en el agua profunda, pintaban manchas brillantes, que cam-

(*) Léase *La Voluptuosidad del Poder*.

biaban de forma con el movimiento que a la superficie marina imprimía el caprichoso viento, la fuerza más libre de la naturaleza. Sobre la estela del barco, esas manchas parecían montones de piedras preciosas: diamantes, ópalos y esmeraldas arrojados con desgarro sobre la cola del clásico manto de la noche.

—Otro de los personajes de mi cuento era una mujer casada: Alma Saphir. Su marido: un judío riquísimo. Edad: veintidós años. Color: blanco. Ojos: azules. Cabello: rubio. Nariz: aguileña. Señales particulares: manos y pies pequeños y un lunar rojo sobre el hombro izquierdo. La descripción hecha en forma de documento policial debe haberles resultado a ustedes incompleta, como no podía dejar de suceder. Si me lo permiten, entraré en detalles. Los ojos de Alma Saphir eran hundidos y grandes, dos condiciones que no se encuentran con frecuencia juntas. Eran de un azul claro y luminoso, que producía una impresión extraña, mezcla de hechizo y de sorpresa. Su boca, que reflejaba un espíritu altivo y desdenoso, predisponía en su contra. Su pelo era de un rubio intenso verdaderamente indescriptible. Era necesario verlo para concebirlo; imaginarlo era imposible. Era un rubio inverosímil. Aquel pelo y aquellos ojos atraían la atención de todo el mundo. Eran una especie de propaganda de las maravillas de la naturaleza.

—Ustedes, los escritores, suelen crear cosas excepcionales que después uno busca en vano en la existencia real, — expresó Rafael Arzuza.

—Es cierto — repuso el narrador; — pero, por lo menos embellecemos la vida y engendramos ansias torturantes. ¿No siente usted deseos de encontrar una mujer como la heroína de mi cuento?

Se produjo un silencio.

—No se detenga usted, que estoy impaciente — murmuró Diana de Luis.

—Lo más interesante en Alma Saphir era su espíritu. Era éste un arca cerrada. Nadie supo jamás con exactitud lo que pensaba. Iba a misa casi todas las mañanas y casi todas las tardes se la veía pasear a caballo, vistiendo un traje masculino. Cuando iba a un baño, su escote no tenía más adorno que los líneas purísimas del cuello y el rojo lunar del hombro izquierdo. Este lunar, glo.

LA SUERTE

rioso rubí incrustado en carne viva, completaba la trinidad de sus hechizos. Las pupilas, el cabello y el lunar: nadie podía resistir tantos encantos.

Hizo Rodrigo Clever una pausa para ordenar sus recuerdos. Hacía tantos años que había escrito aquel cuento, que se le escapaban algunos detalles.

—Alma Saphir, a pesar de su lujo y de los goces de vanidad que le proporcionaba su belleza, no era una mujer feliz. Poco a poco había ido tomando aversión a su marido. Aversión no es la palabra. Era en realidad una especie de descontento, un sentimiento semejante al que inspira un ser de quien se espera algo que debe dar y que no lo da, no por falta de voluntad, sino por ignorancia. Cuando estaba a su lado, sentía poderosas ansias indefinibles, ansias que buscaban satisfacción, pero que no la hallaban. El alma y el cuerpo de aquella mujer sufrían un suplicio tantálico. Muchas veces lo sacudió ella violentamente; pero el buen Salomón Saphir atribuía aquellos arrebatos a desahogos del temperamento femenino. La prolongación de su suplicio creó en Alma Saphir un estado de ánimo que yo no me atrevo a describir. El esposo la había hecho entrever, adivinar, la existencia de paraísos deliciosos; mas nunca la había conducido a aquellos lugares encantados. Se fué, pues, alejando del esposo, a quien en cierto momento quiso mucho. Pensó que quizás en otro ser humano hallaría lo que no había encontrado en el compañero de toda la vida que eligiera. Salomón Saphir, sólo preocupado de ganar dinero, con ese único sentido de los hombres de negocios, cumplía plácidamente sus deberes conyugales. Mientras tanto se le iba la felicidad.

El relato había conseguido apoderarse definitivamente de la atención de todos los presentes. Conrado Brassá ya no miraba el mar; había clavado sus ojos en el rostro del narrador y estaba, para expresarlo en frase consagrada, pendiente de sus labios. Diana de Luis golpeaba nerviosamente el piso con el tacón de sus zapatos. Rafael Arzuza, a fuerza de estar atento, había tomado un aire de idiota que daba lástima.

— Como ustedes advertirán, cada uno de los personajes de mi

cuento plantea un problema diferente. Ambos problemas entrañan el fundamental de la suerte. En un caso vemos a un temperamento poderoso que, confiado en su destino, se planta en su roca, a la espera de que el mundo empiece a girar a su alrededor. En el otro vemos a un marido imbécil que sirve de instrumento al destino para hacer desgraciada a una mujer.

Conrado Brassá, inspirado por su pedantería de sabio, dijo:

—Damos por sentado que usted tiene razón en su modo de interpretar ese fenómeno que se llama suerte, y le rogamos que continúe.

—Alma Saphir había presentado la existencia de una dicha para ella, desconocida, y una curiosidad vehemente se despertó en su espíritu. Y se decía: "Es necesario saber. Dios no puede querer que yo muera en la ignorancia". Consultó sobre el asunto a su confesor, y éste le aconsejó un remedio tonto. Conversó con un médico viejo sobre el estado de sus nervios y aquel anciano le recetó duchas de agua fría. Una tarde Alma Saphir, al pasar por una plaza, vió a Noé Job que, sentado en un banco y rodeado de varios amigos, hablaba animadamente. El aspecto dominador del joven mendigo y el tono afirmativo, dogmático, que empleaba, llamaron su atención. Con el pretexto de comprar unos crisantemos se dirigió a un vendedor de flores, que se hallaba inmediato. Desde donde estaba, escuchaba bien las palabras del mendigo. Este se encontraba en uno de sus mejores días. Las ideas más raras y más contrarias a los principios existentes eran enunciadas por él con un acento tal de convicción que impresionaba hondamente. Aquel hombre produjo un efecto espantoso en el alma de la mujer divina. Fué como una herida abierta en pleno corazón que no podía curarla sino el mismo que la hiciera. No fué amor, precisamente, lo que sintió Alma Saphir. El sentimiento que experimentaba estaba más allá de toda definición. Alguien le gritaba que era aquél el único ser humano que estaba en condiciones de satisfacer su curiosidad martirizante. Su razón le decía que aquello era un absurdo, lo que, sin embargo, no la hacía variar de determinación. Pascal dijo que el corazón tiene razones que la razón no sabe comprender. Nunca fué mejor comprobado ese decir magnífico como en aquella oportu-

tunidad. Alma Saphir inició una campaña de atracción, cuyos resultados veremos en breve.

Se detuvo el narrador al ver que se acercaba el médico del bordo. El facultativo anunció que Juvenal Reyser había empeorado. Los riñones del paciente funcionaban con suma dificultad. El pulmón derecho congestionado, la respiración penosísima, el corazón con más de ciento cuarenta pulsaciones. El mal se agravaba por minutos. Rodrigo Clever manifestó deseos de suspender el relato; pero sus amigos no se lo permitieron. Les interesaban más Alma Saphir y Noé Job que el presidente electo.

—Nuestro mendigo era demasiado inteligente para no darse cuenta de la labor emprendida por la preciosa mujer. Se hizo su composición de lugar. El no aceptaría a Alma Saphir sino cuando estuviera seguro de dominarla enteramente. El no veía nada extraordinario en aquel amor entre una dama y un mendigo. El se había considerado siempre un rey sin corona y sin cetro, rey de sí mismo, rey de sus pensamientos, con un infinito sentimiento de desdén por toda la humanidad. Por otra parte también ella pedía limosna. Si él pedía dinero, ella pedía amor; ¿es acaso mejor el dinero que el amor? El acercamiento buscado por Alma Saphir, aumentó en él la fe en su suerte. Desde entonces creyó, con más vigor que nunca, que llegaría a obtenerlo todo. Abreviaré, ya que los procedimientos empleados por la mujer en un caso como éste son demasiado complicados para ser expuestos en una conversación. Se necesitaría un volumen.

Diana de Luis hizo un gesto que para un buen observador habría resultado sumamente elocuente.

—La primera entrevista de aquellos singulares enamorados se llevó a cabo en una quinta de Salomón Saphir, en las afueras de la ciudad. Fué en una tibia tarde de invierno. Noé Job llevaba puestas sus mejores ropas e iba cuidadosamente afeitado. Alma Saphir pudo advertir entonces que aquel curioso filósofo de veinticinco años tenía una innata elegancia que impresionaba en su favor. Su rostro de hombre acostumbrado a las meditaciones, era de una gravedad atrayente. A veces imponía, pues había en él ese aire aristocrático y severo de los seres nacidos para la dominación. La

belleza de Alma Saphir resplandecía. La emoción la había transformado. Su traje hacía resaltar las líneas de su cuerpo divino, cuerpo delgado y flexible que era toda una ingente promesa de felicidad. Su carne dura, de un color lechoso, tenía esa frescura de rosa de que hablara Napoleón, recordando a María Luisa. Ambos se mostraron en un principio tímidos. Luego, poco a poco, una rara intimidad se fué creando entre ellos, como si se hubiera tratado de dos viejos amigos que se encuentran después de mucho tiempo de no verse. Una de las características del amor es esa repentina y obsequiosa familiaridad que surge entre dos seres que están predestinados a pertenecerse.

La memoria de Rodrigo Clever le fallaba un tanto. De ahí que su narración se desenvolviera con cierta pesada lentitud.

--La mujer se hallaba en un estado de ánimo que yo me siento incapaz de describir. Su curiosidad de tantos años estaba a punto de satisfacerse. Su tortura iba a cesar y por fin iba a conocer los gloriosos paraísos entrevistos. Algo como el impulso de vivir de toda la naturaleza concentrado en un solo corazón había hecho presa en ella. Hubo instantes en que temió los resultados de aquella espantosa conmoción de todo su ser. Noé Job, en cambio, se mantenía frío, sereno, y en cierto modo impenetrable. Deseaba él subyugar por completo a Alma Saphir y mostraba una a manera de indiferencia que no dejaba de ser irritante. Hablaba con una tranquilidad que contrastaba notablemente con la emoción de la mujer. "No puedo comprender — decía — por qué te has fijado en mí. ¿Has sido, acaso, atraída por lo que los necios llaman mi locura?". Y ella respondía: "Me ha atraído la profundidad de tu alma. He adivinado en tí al hombre. Es muy difícil encontrar al hombre entre los hombres. Los hombres en su mayoría no son sino caricaturas de lo que debieran ser." Al pronunciar estas palabras había en la voz de Alma Saphir no se qué tonos inauditos que aumentaban su significado. Su acento daba profundidad a sus frases. Aquel acento extraño tuvo la virtud de conmover a Noé Job, que se sintió halagado. Evidentemente, el amor había realizado milagrosas transformaciones en el espíritu de aquella mujer, que

había aprendido a adularle. Lo más digno de notarse es que Alma Saphir en ese instante era sincera. Sentía por el mendigo a quien ella, mediante dádivas abundantes, había cambiado totalmente, en lo que al vestir se refiere, una honda admiración. No era posible entrar en contacto con aquel espíritu original y salvaje sin sufrir su poderosa influencia. En la lucha de esas dos almas, la más fuerte, que era la del mendigo, tenía necesariamente que vencer. En la primera entrevista se puso de manifiesto esta circunstancia.

Hizo el narrador una pausa.

—Noé Job había resuelto llevar la dirección de la aventura. Por eso, a pesar de la visible inquietud de Alma Saphir y de la clara demostración de sus anhelos, se mostró de una frialdad que en determinado minuto fué casi agresiva. Comprendía que era un juego peligroso. Ella podía cansarse o sufrir una decepción que hiciera que lo despreciara. Pero esto no lo arredró. Poseía la voluntad inflexible de las naturalezas primitivas y quiso practicar hasta el fin sus extravagantes malabarismos con aquel corazón femenino, que era una quemante brasa. Fué esta la causa por la cual en la primera entrevista no sucedió nada importante.

Rafael Arzuza estaba nervioso. Resultábale inconcebible un hombre de tal temperamento.

—¿No le parece a usted—dijo—que eso es inverosímil?

Rodrigo Clever repuso:

—Desde cierto punto de vista mi cuento puede resultar inverosímil. Pero yo no creo que lo sea. Que una cosa no se haya realizado no implica forzosamente que no pueda realizarse. Por lo demás, yo he sostenido siempre que el campo del arte no es la verdad, sino lo posible. Por otra parte, mi narración no es una historia; es una fantasía.

Conrado Brassa, que estaba impaciente por conocer el fin de aquel amor, exclamó:

—No discutan, amigos. Antes de llegar a Buenos Aires hay tiempo de sobra para disertar acerca de la esencia y la finalidad del arte.

El narrador prosiguió:

—Aquella situación se prolongó durante muchas semanas. Las entrevistas de los enamorados llegaron a ser diarias. Alma Saphir, temiendo ser sorprendida en la quinta de su marido, había hecho amueblar y decorar un departamento en uno de los suburbios más apartados de la ciudad. Allí se veían todas las tardes de cuatro a seis. Noé Job había concluído por enamorarse locamente de la bellísima joven que la suerte había colocado en su sendero; pero no hacía nada por apoderarse de aquel cuerpo tan generosamente ofrecido. A veces ante la exaltación de Alma Saphir, él murmuraba en un tono suavizado por el hondo afecto: "Tú eres toda mía. Algo falta, sin embargo. Yo soy como esos niños que dejan para último bocado la mejor parte de la golosina. Aguarda, ten paciencia." La terrible curiosidad de la mujer se agigantaba en esta desesperante espera. Toda ella se consumía en ese tremendo martirio. Su suplicio, que antes era grande, se había hecho inmenso bajo la férrea dominación de aquel inconcebible filósofo metrado. Las impacencias de ella eran algo que él, no obstante su preciosa inteligencia, no pudo comprender; por lo menor, no pudo comprender todo su alcance.

En este momento, Marta de Reyser llegó corriendo al grupo y preguntó por el médico. Había en su rostro tanto dolor y tanta grandeza que todos se pusieron de pie para atenderla.

—¿Qué pasa?—interrogó Conrado Brassa.

—Mi marido se muere—gritó Marta de Reyser.

—Baje usted al camarote—ordenó Rodrigo Clever.— No se separe del lado de su esposo. Yo le llevaré al médico.

Se dispersaron los del grupo. Sólo Diana de Luis se quedó sentada, meditando. La repentina gravedad de Juvenal Reyser le inspiraba múltiples y profundas reflexiones. El eminente político, por satisfacer sus ambiciones, no había vacilado en manchar el nombre de Sancho de Luis, su marido, en una memorable sesión parlamentaria. Al deshorrar a su esposo había matado para siempre su dicha, la de ella, y eso era lo que no había podido perdonar nunca. Y todo, ¿para qué? Para morir en la época, precisamente, en que empezaba a sacar verdadero provecho a sus in-

famias. Juvenal Reyser era el objeto del más fuerte odio de su vida. Y al saber que estaba a punto de morir, una recóndita sensación de placer le inundaba las entrañas. A ella le había sido negado experimentar la amarga voluptuosidad de la venganza; pero el destino o esa cosa inexplicable que se llama suerte, que tan vigorosamente expusiera Rodrigo Clever esa misma tarde, se encargaba de vengarla. Por uno de esos curiosos fenómenos psicológicos que todos conocemos, Diana de Luis, al ver cercana la muerte del matador de su felicidad, empezó a cambiar la dirección de su rencor. En su alma nacía lentamente un poderoso sentimiento de odio contra Marta de Reyser, la esposa del político esclarecido. Ese sentimiento anunciaba una futura guerra despiadada y silenciosa, como toda guerra femenina, contra la mujer purísima que en aquella misma hora seguía con el corazón hecho pedazos el proceso incontenible de la enfermedad de su marido.

Rafael Arzuza, que había ido a informarse del estado de Juvenal Reyser, subió a la cubierta y al ver sola a Diana de Luis, se acercó a ella. El instante era propicio para continuar sus esfuerzos de conquista.

—¿En qué piensa usted?—dijo en voz baja, como invitándola a una confidencia.

—En nada. Los hombres aseguran que las mujeres no pensamos, limitándonos a sentir. Me inclino a dar la razón a los hombres.

—Sentir es quizás mejor que pensar, siempre que sintamos hondamente. En esto estriba lo fundamental de la cuestión. Las mujeres no sienten con hondura.

—¿Qué sabe usted?

Puso Diana de Luis tanto desdén en su acento que Rafael Arzuza se avergonzó. Nadie soporta el desdén ajeno con impasibilidad.

—Al hablar de sentimiento—expresó el joven millonario—quería referirme al amor. Jamás he hallado una mujer que ame profundamente.

—El hecho de que no haya encontrado usted quien ame no significa, ciertamente, que no existan mujeres que sepan amar. En el amor, como en el odio, la mujer es profunda. Lo que hay es que no todos los hombres inspiran sentimientos profundos. La mayor parte de los seres humanos está privada de las condiciones indispensables para provocar sentimientos de esa clase. Hay incapacidad para amar como hay incapacidad para inspirar amor.

Esto fué para Rafael Arzuza un golpe de maza. Comprendió que en esta lucha de epigramas él llevaba la peor parte, y resolvió no continuar.

Diana de Luis interrogó, cambiando bruscamente de tema:

—¿Qué opina usted de Marta de Reyser?

Sin esperar la respuesta, prosiguió:

—Ahí tiene usted una mujer bella, joven, virtuosa, rica, sin hijos, que está a punto de quedar viuda. Su principal condición es su fama de virtuosa. Es tan grato vencer una virtud!... ¿Por qué no hace usted una tentativa? Quizás tuviera mejor suerte. Esta sería una manera de probar, mediante una nueva experiencia, si es usted capaz de inspirar amor.

Estas palabras diéronle a entender a Rafael Arzuza que su causa estaba definitivamente perdida.

—Yo creo—prosiguió la dama—que su reputación está en juego. Tal vez está en juego hasta el aprecio que usted se tiene a sí mismo. ¿No sufriría usted enormemente si comprobara que carece de las condiciones indispensables para hacerse amar?

La pregunta fué un dardo. Rafael Arzuza, hombre débil y sugestionable, bajo la impresión de la herida, resolvió entonces probar fortuna con Marta de Reyser apenas se presentara una ocasión favorable.

Diana de Luis estaba satisfecha. Conocía a Rafael Arzuza y sabía que éste perseguiría a la esposa del ilustre personaje. Este

podía ser el principio de su venganza, que consistiría en deshonrar al hombre que dió publicidad a su deshonra. Un cortejante asiduo ofrece siempre un motivo para lanzar una calumnia.

Una hora más tarde, el sonido de una campana anunció a los pasajeros que la comida estaba pronta. Los que no eran presa del mareo entraron en el comedor. Alrededor de una mesa se sentaron todas las personas que formaban el grupo que en cubierta escuchó el relato de Rodrigo Clever. Todos deseaban conocer el fin. De modo que después de breves comentarios sobre la enfermedad de Juvenal Reyser y sobre su desenlace, ya esperado, rogaron al escritor que terminara.

Rodrigo Clever accedió.

—Una tarde hallábanse Noé Job y Alma Saphir en el hermoso departamento que servía de refugio a su aventura. Hablaban de un cuadro que Alma Saphir comprara dos días antes y que acababa de ser colocado en el saloncito donde se encontraban. Representaba el cuadro, obra de artista maestro, una mujer desnuda tendida, en aptitud supina, a orillas de un pequeño lago. En el clásico cristal de las aguas reflejábanse la mujer. En el fondo del cuadro había una pradera sobre la cual caían oblicuos los rayos de un sol muriente. El conjunto era armonioso; algunos detalles eran admirables. "Nunca te he visto así", murmuró Noé Job en acento no exento de emoción. Alma Saphir recibió como un latigazo. "Porque no has querido", exclamó. Un impulso irresistible se apoderó de ella y, poniéndose de pie, empezó a quitarse las ropas. Sus manos nerviosas obraban con una rapidez relampagueante. Segundos después se hallaba erecta, hierática, sublime, delante de Noé Job, como una estatua viva de la voluptuosidad. Jamás ojos humanos vieron más gloriosa maravilla. La luz que entraba por una ventana abierta daba brillo al color de leche de la piel. En algunos puntos la luz ponía tintes dorados que aumentaban el hechizo del conjunto.

Un criado interrumpió a Rodrigo Clever.

—¿Un poco más de carne, señor?

—Bueno. Gracias.

Tras un corto silencio, el escritor prorrumpió:

—En presencia de aquel milagro de belleza, Noé Job perdió el admirable dominio que ejercía sobre sus nervios. Un anhelo incontenible, un ansia infinita y fatal se apoderó de su ánimo. Avanzó hacia la mujer y perdió la consciencia de sí mismo. Nunca pudo recordar cómo fué aquello. Sólo supo que cuando menos lo pensaba se llevó a cabo el acto irreparable.

En ese punto del relato, se imponía una pausa. Rodrigo Clever, hábil narrador, la hizo.

—Alma Saphir sufrió una decepción. En un principio, esto inundó de tristeza su espíritu; pero este sentimiento desapareció poco después y fué substituído por una furiosa indignación. Injusta, como toda mujer en igual caso, culpó de su caída a Noé Job sin recordar que era ella quien había estado buscando la oportunidad. Un odio repentino, brutal, inigualable, surgió en su corazón y sin decir una palabra se arrojó feroz, sobre el hombre, que reposaba acostado sobre una piel de tigre. Al primer rasguño, la naturaleza salvaje de Noé Job se despertó. Se irguió como una fiera. "Como por suerte te obtuve, nada me importa perderte", rugió. Fácil fué para él derribar a Alma Saphir y, ya en tierra, se arrodilló sobre sus senos impecables y se afirmó con rabia. Gimió la mujer bajo el martirio y fué entonces cuando experimentó en toda su plenitud e intensidad la sensación que tanto había anhelado. Para llegar al paraíso suele ser necesario pasar por el infierno.

Un grito de dolor, de desesperación, de angustia infinita, lanzado por Marta de Reyser, llegó hasta el comedor. La presencia de la muerte acongojó todos los ánimos. Se hizo un silencio penoso.

Rafael Arzuza dijo al oído de Rodrigo Clever:

—¿Nada más?

—Desde aquel día los héroes de mi cuento fueron amantes vulgares...

Pedro Rodríguez

Para tener mejillas rosadas y sentirse fresco como una margarita, pruébese esto.

Se dice que un vaso de agua caliente con fosfato limestone, antes del desayuno, elimina los venenos.

Para ver el tinte sano de color vivo en sus mejillas, para ver aclarar más y más su piel, para despertar sin dolores de cabeza, ni de espalda, sin lengua saburrosa ni mal aliento; en fin, para sentirse mejor día entra y día sale, ensaye justamente por una semana el baño interno matinal,

Todos los días antes del desayuno tome un vaso de agua caliente con una cucharadita de fosfato limestone como un medio inofensivo de eliminar del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos las substancias indigestas del día anterior, la bilis ácida y las toxinas, y así limpiar, suavizar y purificar el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago. La acción del agua caliente y el fosfato

limestone sobre el estómago vacío es fortificante de modo maravilloso. Elimina todas las fermentaciones ácidas, los gases y la acidez y da un apetito espléndido para el desayuno.

Un cuarto de libra de fosfato limestone costará muy poco en la botica, pero es suficiente para demostrar que de la misma manera que el agua caliente y el jabón limpian, suavizan y refrescan la piel, así el agua caliente y el fosfato limestone obran sobre la sangre y los órganos internos. A las personas sujetas al estreñimiento, ataques de bilis, acedia, punzadas reumáticas, así como a los que tienen piel terrosa y cara pálida, se les asegura que una semana de baño interno hará que parezcan y se sientan mejor en todo sentido.

Para informes: LUIS F. MILANTA.— Eivadavia 1255

La Novela Semanal

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante de los mejores escritores argentinos.

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 0.10. — Suscripción única anual \$ 5.—

PARTE DE LAS PUBLICADAS

Solicítense a la Administración la lista completa

37. El hombre de la barba en punta, de Miguel R. Roquendo.
38. La Casa de los Cuervos, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviria), en 3 p.
39. El alma de Buenos Aires, por Enrique Gómez Carrillo.
40. Una "girl", por Agustín Remón (número extraordinario).
41. Córdoba Triste, por Luis Rodríguez Embil.
42. Trinidad Guevara, por Enrique García Velloso.
43. El Hambre, por Pedro Sondéreguer.
44. El Ucumar, por Ricardo Rojas.
45. Poligamia sentimental, por E. Carrasquilla Mallarino.
46. "Chez Mme. Luele", por Julio del Romero Leyva.
47. La historia de la muchacha, por Agustín Remón.
48. "Caballero Andante" — Homenaje a Diego Fernández Espiro, por Hugo del Monte.
49. "El chino del Dock Sur", por Héctor Pedro Blomberg.
50. "El cocobacilo de Herrlin", por Arturo Cancela.
51. El Héroe, por Eligio González Cadavid.
52. Una Historia Absurda, por Pilar de Luzarreta.
53. Confesiones de una mujer, por César Carrizo, en tres partes.
54. "Le jour de Gloire est arrivé", por Julián de Charras, en homenaje a los aliados.
55. Los ojos negros, por José López Silva.
56. La Pasarela, por Otto Miguel Chione.
57. La psicología de los celos, por José Ingenieros.
58. "Homunculus", por Pedro Angelici.
59. El Marqués de Santalla, por Sara H. Montes.
60. El misterio de la calle Maipú, por Alfredo Palacios M.
61. Stella, por César Duayen, en dos partes.

¡Cure la Caspa! El Cabello se pondrá Espeso, Ondeadado y Bello

Muchachas! Pásense un paño por el cabello y dupliquen su belleza

La caspa desaparece y el cabello no se vuelve a caer.

Si desea poseer una cabellera abundante y hermosa, suave, lustrosa, sedosa, ondeada y sin caspa, no tiene más que usar Danderine.

Es fácil y no costoso tener un cabello bonito, suave y, sobre todo, abundante. Sólo tiene que comprar ahora un frasco de Danderine de Knowlton; todas las farmacias lo recomiendan. Aplíquese un poco según las instrucciones que acompañan a cada frasco, y al cabo de los diez minutos se notará más abundante. Se pone fresco, sedoso, cogerá un lustre incomparable y verá que no puede encontrar la menor partícula de caspa, y no se caerá el cabello; pero su verdadera sorpresa será después

de usarlo por varias semanas, cuando vea un cabello nuevo, fino y suave, creciéndole por todo el cráneo. Danderine es el único tónico, a nuestro juicio, que hace crecer el cabello, destruye la caspa y cura la picazón en el cráneo, evitando que el cabello se caiga.

Si Ud. quiere ver lo bonito y suave que su cabello es, humedezca un paño en un poco de Danderine y páselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Su cabello se pondrá suave, lustroso y bello en pocos minutos; una sorpresa agradable aguarda a todas aquellas personas que lo prueban.

Un hechizo perdurable

y un atractivo sin igual
obtienen las damas que
embellecen, suavizan y
perfuman su rostro con el
exquisito

POLVO GRASOSO **Brissac.** PARIS

Debido a la gran demanda de
este finísimo producto de tocador,
que algunas casas de venta se
han visto imposibilitadas momentáneamente de satisfacer, y
en vista del entusiasmo demostrado por nuestras bellas y
gentiles favorecedoras, hemos
resuelto postergar hasta el 31
de Marzo la clausura definitiva
de nuestro

GRAN CONCURSO

¿Cuántos granos de arroz
contiene la caja?

\$ 10.000 m/n. repartidos en 200 valiosos obsequios

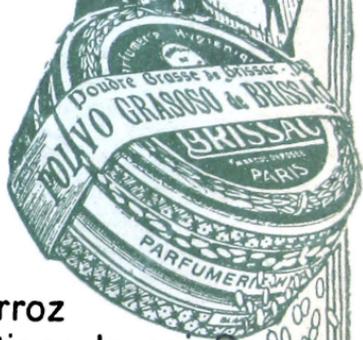
Cada solución debe remitirse DENTRO DE UNA CAJA VACIA DE POLVO GRASOSO «BRISSAC», cerrada con su correspondiente tapa y franqueada con una estampilla de 5 ctvs. indicando «muestra sin valor». Para mayores detalles solicite el folleto que reparten las Farmacias, Tiendas, Perfumerías, etc. donde Vd. se provee,

PRECIO: \$ 1.40 LA CAJA.

ÚNICOS CONCESIONARIOS:

1958, CHILE, 1972 - L. AUBERT & Cía. - Bs. Aires

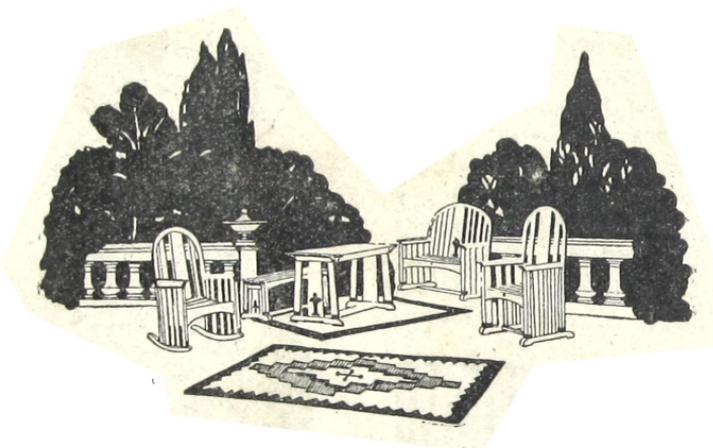
U. T. 2280, Libertad



Thompson Muebles S.A.

MUEBLES BLANCOS PARA JARDÍN.

La originalidad de los modelos es el atributo indispensable para que estos muebles respondan a los deseos de que aparte de ser confortables, sirvan para imprimir en todo parque, jardín, etc., una nota acentuada de distinción y elegancia.



Los muebles blancos actualmente en exposición confirman en modo valioso el acierto que ha presidido su selección, pues desde el primer golpe de vista hasta el análisis más severo hacen comprender que son muebles distintos a los comunes, dada la calidad de los materiales, la elegancia de líneas y la técnica de su construcción, condiciones que, claro está, les garantiza una vida larga y singularmente económica.

El modelo ilustrado, uno de los de mayor aceptación.

Sofá.....	\$ 110.—	}	Banqueta.....	\$ 60.—
2 sillones.....	„ 150.—		Mesa.....	„ 60.—
2 sillas.....	„ 90.—			

EMBALAJE GRATIS

Florida 833

Buenos Aires